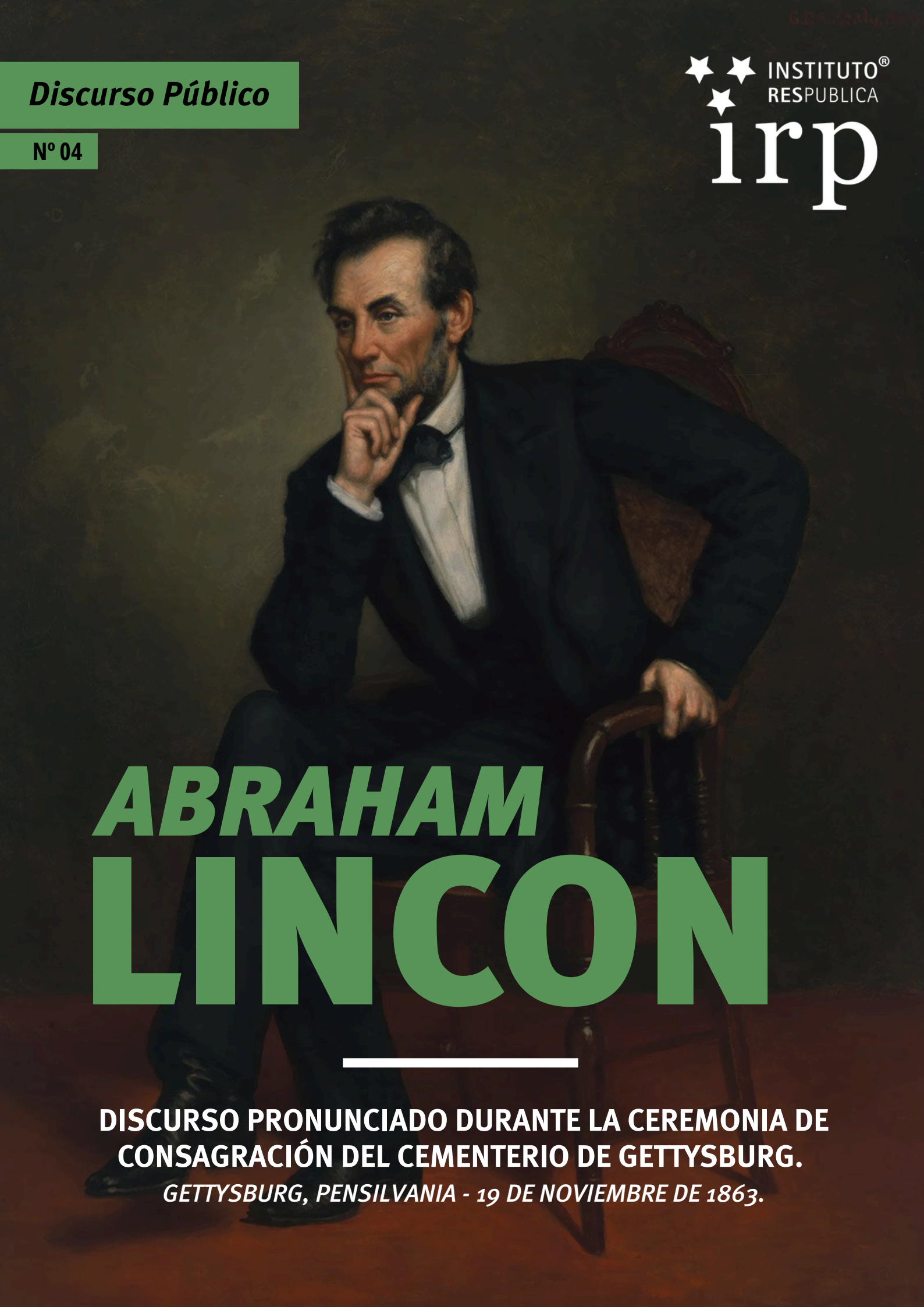
Discurso Público

Nº 04

INSTITUTO® RESPUBLICA

irp



ABRAHAM LINCON

DISCURSO PRONUNCIADO DURANTE LA CEREMONIA DE CONSAGRACIÓN DEL CEMENTERIO DE GETTYSBURG.

GETTYSBURG, PENSILVANIA - 19 DE NOVIEMBRE DE 1863.

DISCURSO PRONUNCIADO DURANTE LA CEREMONIA DE CONSAGRACIÓN DEL CEMENTERIO DE GETTYSBURG.

Gettysburg, Pensilvania, 19 de noviembre de 1863.[1]

Este discurso fue pronunciado en la dedicación de un cementerio para los soldados caídos en la Guerra Civil, cuando el conflicto todavía se encontraba en curso.

Esta breve alocución del 16º Presidente de los Estados Unidos ha pasado a la historia como uno de los discursos de mayor elocuencia en la política norteamericana. Asimismo, es considerado por muchos historiadores y académicos como uno de los discursos más importantes en la historia de Estados Unidos.

En primer lugar, se destaca la fuerza del discurso, que, a diferencia de otras tantas intervenciones memorables de hombres de estado, es más bien breve, sin alcanzar las 300 palabras. En segundo lugar, por medio de esta intervención, Lincoln redefine definitivamente la guerra entre la Unión y la Confederación. No se trataba solamente de mantener la unión de Estados Unidos, sino que, en el fondo, era una guerra por el ideal de democracia, que en palabras de Lincoln era el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo.

Esta concepción del régimen democrático terminaría trascendiendo los cofines geográficos de Estados Unidos así como la barrera del tiempo. La frase que ha sido asociada en la cultura con Abraham Lincoln se encuentra al final de la intervención y busca explicar la misión que los Padres Fundadores atribuyeron a la nueva nación desde su creación. Y bajo este ideal, la esclavitud no podría subsistir sin socavar los pilares al final del día.



[1] Versión de la Guía en Español "El pronunciamiento de Gettysburg" del Kenneth E. Behring Center del Smithsonian National Museum of American History

Hace ochenta y siete años nuestros padres crearon en este continente una nueva nación, concebida bajo el signo de la libertad y consagrada a la premisa de que todos los hombres nacen iguales.
Hoy nos hallamos embarcados en una vasta guerra civil que pone a prueba la capacidad de esta nación, o de cualquier otra así concebida y así dedicada, para subsistir por largo tiempo. Nos hemos reunido en el escenario donde se libró una de las grandes batallas de esta guerra. Vinimos a consagrar parte de este campo de batalla al reposo final de quienes han entregado su vida por la nación. Es plenamente adecuado y justo que así lo hagamos.

Sin embargo, en un sentido más amplio, no podemos dedicar, no podemos consagrar, no podemos glorificar este suelo. Los valientes hombres que aquí combatieron, vivos y muertos, lo han consagrado muy por encima de nuestro escaso poder de sumar o restar méritos. El mundo apenas advertirá, y no recordará por mucho tiempo lo que aquí se diga, más no olvidará jamás lo que ellos han hecho. Nos corresponde a los que estamos vivos, en cambio, completar la obra inconclusa que tan noblemente han adelantado aquellos que aquí combatieron. Nos corresponde ocuparnos de la gran tarea que nos aguarda: inspirarnos en estos venerados muertos para aumentar nuestra devoción por la causa a la cual ellos ofrendaron todo su fervor; declarar aquí solemnemente que quienes han perecido no lo han hecho en vano; que esta nación, bajo la guía de Dios, vea renacer la libertad, y que el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo no desaparezca de la faz de la tierra.

